

## **Pedro Emilio Coll**

### **Esencialmente idéntico a sí mismo**

“Esencialmente idéntico a sí mismo”, he allí la definición de Pedro Emilio Coll, dada por Luis Enrique Mármol en uno de sus pastiches de 1924. A Pedro Emilio le gustó la inteligencia que de él tenía LEM y así se lo manifestó en carta del 5 de septiembre de aquel año, no sin alabar los pastiches marmolianos que “burla burlando, leídos con atención, son, a mi entender, la mejor crítica que tenemos de los estilos y pensamientos de los escritores venezolanos de nuestro tiempo”.  
¡Santificación de la mimesis, apogeo de lo paródico! Mármol (LEM), captó a plenitud el ahondamiento misterioso y la pasión carnal de Arreaza Calatrava; la maestría formal de Arvelo Larriva; el hispanismo y sentimiento de comunidad racial del primer Andrés Eloy; la lujuria y los aromas pecaminosos de Carlos Borges; el orfebrismo de Ramón Hurtado; el criollismo guachamarón de Rafael Guinand; la erudición a la violeta -la frase es de Bolívar Coronado- de Gabriel Espinosa; la fortaleza rítmica y vanguardista de Arráiz; la levedad filosófica de Paz Castillo; las prosas extrañas de Ramos Sucre y, con gran acierto, aquel mal o bien llevado decadentismo de Coll, en quien efectivamente sonaban más los instrumentos de cuerda que los de cobre y proliferaban párrafos vaporosos, dormidos en fina ironía, crepusculares, atemperados por una bondad de pensamiento, nunca estrepitoso,

siempre llevado de la mano por las lecciones de Renán y de Anatole el pirronista (France).

En fin, leamos el primer trozo del “pastiche” a la manera de Pedro Emilio Coll, cuyo título era “El huerto de Academus”:

Virtualmente inmutable, la vida aparece compleja y voluble en el sucederse de las generaciones. Como ella, el hombre, esencialmente idéntico a sí mismo, muéstrase cambiante en los cielos históricos, y aún en el breve camino de su existencia, bajo el imperativo de los deseos y de las necesidades, que no son en el fondo sino dos nombres de una misma cosa.

### **La tolerancia a través de sus cartas**

Candidato permanente a una burocracia sin impertinencias, sosegada en cuanto a servicialismo, pues servilismo no fue lo suyo, y bien pertrechada de lecturas y reflexiones; hombre de media luz y no de relámpago, amurallado en su cuarto de estudio o con “paso errante” por ciudades y ventas de libros viejos; señor del trato a quien todavía recuerdan con agrado aquellos que cultivaron su amistad, Pedro Emilio Coll no dejó voluminosa obra. No era ése asunto que lo mortificara, pese al aguijón de los compañeros que tanto rabian lo que por adentro llevaba. Él se veía retratado en Anatole France, de quien no renegó al cruce de la década del veinte, cuando se hizo lugar común colocarlo como escritor de segunda. Aquel discurrir por los barrios obreros, aquella inercia de creador que lo hubiera dejado en la reducida obra de “breves apostillas” o “cortos poemas”, de no ser por la intervención de quienes lo obligaban a trabajar las cuartillas, era lo que de Renán veía en sí mismo Pedro Emilio.

Acaso el desorden bibliográfico, siendo tan pequeña extensivamente la obra de Coll, obedezca a tal abandono de disciplinas exteriores. Si escribió tres libros. ¡Qué difícil resulta independizar uno del otro! Cada edición de un libro incluye partes de la edición del otro y quien desee orientarse debe tener mucha paciencia. Igualmente, no tributario de la violencia, rehuyó las actitudes polémicas, lo que indica cuán verdadero era su amor a la tolerancia. Su carta de retiro, luego rectificado, de la redacción de *Cosmópolis* (1894), es ejemplar en cuanto a comprensión; allí alaba a sus compañeros de revista, a Dominici, con estilo “ahora claro y enjuto”, y a Urbaneja Achelpohl, de “entusiasmo admirable en esta época de desalientos”, y excusa su divergencia en tono bajo, sin estridencias: “además, creedme, mi *diletantismo* es una nota discordante en el periódico y bastante dañino para el progreso de la patria, porque como observa el psicólogo, el diletantismo repugna a la humanidad”. En una segunda carta, dirigida esta vez a Semprúm, mayo de 1911, con motivo de una crítica del diario *El Tiempo*, en que se decía que los extractos de literatura extranjera publicados por la revista *Sagitario* eran asaz conocidos (verbigracia, “Las variedades de la experiencia religiosa”, de William James), Coll explica:

Como el crítico no me nombra, quiero hacer constar que se refiere a mí, y como se trata, además, de persona de vastos conocimientos y de indiscutible autoridad en nuestros círculos de intelectuales, me creo obligado a cederle el puesto y la pluma que, sin mérito alguno, me usurpé en la sección de literatura extranjera de *Sagitario*.

En cuanto a las cartas provocadas por el incidente con Rufino Blanco Fombona, a raíz de la publicación en España de *La bella y la fiera*, no vale la pena recordarlas...

### **El adjetivo en Coll y Ramos Sucre**

En el *Mercure de France* escribió Coll varias notas sobre arcaísmos y neologismos, sobre las “mantas verbales” de cada escritor, sobre el sustantivo y adjetivo. Un tanto fuera de su modo de ser, que era imperturbable ante la opinión ajena, Ramos Sucre en “Filosofía del lenguaje” impugnó elegantemente la tesis de Coll, tomada por lo demás, a propia confesión, del “notable escritor alemán Bahr”.

Para Bahr, como para Maiakovski, estamos frente a palabras gastadas por el uso, momificadas en una conceptualización anterior a nuestra búsqueda para nominar las cosas y los sentimientos, por lo cual nos hemos visto en la necesidad expresiva de ir descomponiendo la impresión (sea de la “belleza”, sea del “amor” o del “odio”) en “todos sus momentos, denominando a cada uno de ellos con un adjetivo”. Desde el punto de vista de Bahr, los adjetivos sutilizan, matizan, subjetivan, y eso en parte era lo que refutaba Ramos Sucre, quien al arrancar del criterio (¿logicista?) de los autores más calificados que oponen el sustantivo al adjetivo como la sustancia al fenómeno, continuaba con un pero de alerta: la frase entera asume valor emocional siempre y cuando el adjetivo vaya antes que el sustantivo. De allí pasaba a decir Ramos Sucre, que ese principio se había ya aplicado en las “lenguas romances y más de un autor ha

disertado sobre la adjetivación de la lengua de oil y sobre la adjetivación de Cervantes”.

Más cómodos, menos teóricos, hay quienes prefieren la brevísima definición que del adjetivo hizo Huidobro.